

33839
G

anado por la artiosclerosis, Antonio Acevedo Hernández murió a los 75 años en 1982, sin recursos económicos, tal como había vivido, a pesar de ser considerado uno de los dramaturgos chilenos más importantes del siglo y padre del teatro nacional.

Su labor no solo consistió en de dramas y comedias, y a través de ellos provocar un cambio en la temática de las obras chilenas, sino también en impulsar a grupos y compañías, alistar a autores jóvenes y luchar con fervor por los derechos del gremio.

Nació en el pueblo de Tracura, provincia de Angol, en 1887. De su padre —ferrocarrilero, contrabandista y soldado— heredó un espíritu aventurero que lo empujó a marcharse del hogar tempranamente, a los diez años. Solitario y con un equipaje miserable, Acevedo se embarcó con unos trabajadores carrieleros, aquellos que viajaban por el país extendiendo las vías del ferrocarril. Sin haber llegado aún a la adolescencia, desempeñó los más variados oficios: albañil, lavatero, vendedor, cargador de feria, labrador y obrero. En Chile aprendió a leer, iniciando su cotidiana autodidacta que no abandonaría nunca. Muchas veces se ganó la vida escribiendo cartas a los campesinos, quienes le pagaban una chusca por página redactada. Un oficio que tendría mucha importancia en su futuro como dramaturgo fue el de peón de fondo, gracias a lo cual conoció la precaria realidad del campo chileno.

En Santiago, y ya de 20 años, trabajó como obrero de la construcción, desde donde luego fue expulsado por su afición a leer en las horas de descanso. Unos años después, cuando ya había estrenado algunas obras, ciertos caricaturistas de periódicos —que no soportaban que un carpintero invadiera los dominios del teatro— lo dibujaban escribiendo con un serrucho.

Había en el joven Acevedo un ansia por aprenderlo todo, por leerlo todo, por saberlo todo. Aplicadamente coleccionaba obras maestras del teatro universal y ensayos sobre teoría política. Se apasionó con las ideas renovadoras que impulsaban transformaciones universales sobre la base de una mayor justicia e igualdad.

"No escribo con los zapatos"

En la capital le nacieron sus afanes teatrales, junto a sus preocupaciones por la sociedad de su tiempo, encarnadas en alguna forma de anarquismo. Acevedo fundó ambas intenciones y escribió su primera obra mayor, "En el rancho", con la cual recorrió algunos grupos teatrales, sin que nadie se interesara por ella. Se enganchó en

Antonio Acevedo Hernández

Un Carpintero De la Escena

El dramaturgo Antonio Acevedo Hernández fue el fundador del teatro social chileno. Campesinos, obreros, mineros y marginales fueron los protagonistas de su múltiple producción, una realidad que nunca había aparecido de manera tan humanista y completa en los escenarios nacionales, y cuya presencia se impuso desde sus primeros estrenos, en 1913.

Por Juan Andrés Piña

tonces con la compañía de actores de Antonio Pellicier para trabajar en pequeños labores: barrendero, boletero, apastador, mozo de los mandados, actor de pequeños papeles, hasta llegar con el tiempo a ser redactor de obras ajenas, "arreglador", una costumbre habitual a comienzos de siglo.

A partir de esas experiencias, Acevedo no se despegó nunca de los escenarios. Su amigo, el escritor José Santos González Vera lo recordaba como un afiebrado del teatro. "Acevedo Hernández no hablaba de mujeres, sino cuando una le parecía bien, para representar a tal o cual heroína de sus obras futuras. No se quedó nunca de sobra, aunque su acento era pobre. No expresaba deseos de posesión de cosa alguna al pretender ser rico, tener poder, ni ser monarca. No tenía en mente ninguna aspiración secundaria. Ni de comer hablaba. Su vocabulario lo usaba al perorar de teatro, de obras dramáticas, de comedias, de intérpretes y decoraciones. Los problemas de la sociedad los resolvía encifrándolos".

Festivo, evasivo o píntoresquista, el teatro de aquella época no estaba preocupado de una multitud de temas y personajes nacionales de los cuales la literatura se estaba haciendo cargo, por ejemplo, el de "la cuestión social", la abrumadora pobreza en que vivía la mayor parte de la población. En este contexto, la dramaturgia de Acevedo Hernández echó mano a la realidad que estaba ahí, en la calle, y se propuso contar esas historias, no sumándose a la tendencia del teatro más o menos rampón y digerible de aquellos años.

Durante mucho tiempo anduvo con sus dos primeras obras —"En el rancho" y "El Inquilino"—, bajo el brazo, mostrándoselas a algunos amigos que dudaban de su éxito. Revisadas una y otra vez, Acevedo reflexionó: "Pero pensando bien, llegué a la conclusión de que mi obra de campesinos estaba bien. En las obras que veía diariamente aparecían demandados, marquetines, condes, duques, duquesas, y hasta reyes y reinas. Creí que el pueblo chileno, nunca utilizado por los autores novatos, me extendiera, sentiría su propio dolor, que era también el mío."

Después de mucho batallar, consiguió fundar la Compañía Dramática Chilena, que presentó "En el rancho". La estrenó el 24 de diciembre de 1913 en el teatro El Coliseo, bajo la dirección de Adolfo Ureña Rosas. Acevedo



El dramaturgo Antonio Acevedo Hernández junto a su esposa.

llegó atrasado a la función y no lo dejaron entrar por su apariencia imponente para un lugar público. Desde afuera escuchó los vítores y aplausos de un público fervoroso, que requería una y otra vez la presencia del autor. Pellicier, el empresario, lo buscó y a empellones lo hizo aparecer en el escenario. La fama de Acevedo Hernández era latente. Lo peor sus zapatos. "Mi salida fue espectacular", recuerda Acevedo. "Imagínese usted que de repente cubríamos el sol. El público que

estaba en el teatro, demostrando con ello que también existía interés por ese tipo de obras. "En el rancho" fue exitosa y popular. Tanto, que en una función del teatro Excelsior los espectadores obligaron a repetir la función completa, en una maratón que terminó a las dos de la mañana. Estaba echado el cielosito para el llamado teatro social, el que toma partido por los más pobres, destaca sus anhelos de humanidad, rescatando el mundo popular del lenguaje, los dichos, la música y las tradiciones, que fluyen natural-

mente, como convierten en parias o delincuentes a jóvenes ignorantes; las esperanzas y deseos íntimos de personajes a la deriva y de prostitutas nobles que sueñan con establecer un hogar.

Dentro de esta visión, la cultura y la educación que adquieren los personajes son elementos que les ayudan a su liberación y en donde cifran sus esperanzas de un futuro mejor. En el caso de Salvador, en "La canción rota", que ha regresado al campo después de veinte años en la ciudad, y cuyas predicciones y ensueños a los campesinos ayudan a formar un movimiento que termine con las arbitrariedades de que son objeto.

Igualmente, El Aquilucho, en "Almas perdidas", redime su pasado de delincuente cuando comienza a leer y conocer otro mundo, gracias al aprendizaje que obtiene de Ureña. Ello le confiere a la obra de Acevedo un carácter distinto en el concierto de dramaturgos de su época, porque, a diferencia del teatro más o menos documental de los mineros de los hombres de su época —el estilo de un registro costumbrista—, sino que introduce un factor de cambio, movilidad y esperanzas a las situaciones, añadiendo así una perspectiva existencial y muchas veces religiosa, una especie de nostalgia por los ideales de los primeros cristianos.

"Chakurelló", estrenada en 1906, fue su obra mayor. La acción ocurre en 1842, en las minas del norte, durante el saqueo de la plata. Hasta allí llegan emigrantes, trabajadores y aventureros de todas partes del país para descubrir un filón de metal y hacerse millonarios por un golpe de suerte. En su historia aparecen distintas personalidades: el ambicioso y egoísta, el generoso, el descreído, el marginal, el profeta. A través de esta aventura de la búsqueda de plata se configuran los diversos conceptos de la vida, sus choques, ajustes y desajustes. Esta perspectiva se enriquece por los elementos populares que atraviesan la obra: bailes, canciones y ritos propios de ciertas culturas nacionales.

Pero más allá de su nivel puramente psicológico, "Chakurelló" alcanza tonos épicos y míticos, perfilándose incluso como una epopeya: se trata, también, de una conquista de la naturaleza que viene a un destino preñado y de un viaje interior que pone a prueba la capacidad de los protagonistas. En esta dimensión alcanza particular significación los elementos míticos, mitológicos y alegóricos de su hazada. Allí, la fantasmagoría irreal, el mundo de los sueños y de la magia, son el salto que proyecta la obra hacia un expresionismo no realista. Su triunfo es emblemático de todo un pueblo que cree en ellos y al que de alguna manera representan. Todo ello —forma y contenido— hace que "Chakurelló" sea una obra adelantada a su tiempo, clave en la dramaturgia chilena y siga manteniendo a Acevedo como uno de los creadores chilenos más significativos del siglo. **AP**

La dramaturgia de Acevedo Hernández echó mano a la realidad que estaba ahí, en la calle, y se propuso contar esas historias, no sumándose a la tendencia del teatro más o menos rampón y digerible de aquellos años.

gritaba con entusiasmo insatisfecho se quedó frío y silencioso durante varios segundos, mirándose sorprendido. Jamás he visto decepción mayor. De pronto de la primera fila, donde había varias hermosas mujeres, surgió una voz despectiva, enérgica: "¿Y éste es el autor? Yo contesté, sin darme cuenta, tal vez: 'Señorita, yo no escribo las obras con los zapatos'. Una ovación estrepitosa estalló en ese momento."

El teatro El Coliseo quedaba en un barrio periférico de Santiago y en esas horas Acevedo comenzó a conquistar a su público para llegar, muchos años después, a los "teatros del cen-

tro", demostrando con ello que también existía interés por ese tipo de obras. "En el rancho" fue exitosa y popular. Tanto, que en una función del teatro Excelsior los espectadores obligaron a repetir la función completa, en una maratón que terminó a las dos de la mañana. Estaba echado el cielosito para el llamado teatro social, el que toma partido por los más pobres, destaca sus anhelos de humanidad, rescatando el mundo popular del lenguaje, los dichos, la música y las tradiciones, que fluyen natural-

mente en sus creaciones y supuran una visión puramente folclórica o píntoresquista.

La educación liberadora

Así, Acevedo mostró a unos personajes chilenos reales, en quienes aforaban sus problemas y conflictos más profundos. A través de sus obras —en total casi 50— fueron apareciendo la verdadera vida de los campesinos y los mineros; las relaciones feudales entre los patrones y los obreros; la pérdida de las tradiciones producto de la emigración del campo a la ciudad; las precarias condiciones sociales de los re-

Un carpintero de la escena [artículo] Juan Andrés Piña.

Libros y documentos

AUTORÍA

Piña, Juan Andrés, 1953-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un carpintero de la escena [artículo] Juan Andrés Piña. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile